

PATRIMONIO HISTÓRICO
ESPAÑOL DEL JUEGO Y DEL DEPORTE:
BIBLIOTECA GENERAL
DE EDUCACIÓN (Tomo 3)

Francisco Fernández Villabril (1862)



Autor

Alba García

Elena de los Frailes

Isabel Criado

Año 201



ÍNDICE

1. CONTEXTO HISTORICO

2. BIOGRAFÍA

3. JUEGOS EN LA EDAD PRIMERA

- EL PARTERRE
- LOS CORROS
- EL ARO
- LA CUERDA
- LA GALLINA CIEGA
- LAS CUATRO ESQUINAS
- EL ESCONDITE
- EL PASEO EN CARRETELA
- LOS CUENTOS
- LA LINTERNA MÁGICA
- LA CUERDA
- LAS ESTAMPAS
- EL SUSTO

4. BIBLIOGRAFÍA

5. ÍNDICE DE ILUSTRACIONES



1. CONTEXTO HISTÓRICO

- 10 de febrero: Francia, España y el Reino Unido, firman con el presidente mexicano Benito Juárez el Convenio de Soledad, por el que se suspende la acción militar de las tres potencias en México.
- 20 de febrero: Ángel de Saavedra, duque de Rivas, nombrado director de la Real Academia Española de la Lengua.
- 1 de abril: España e Inglaterra rompen su alianza con Francia.
- 5 de mayo: El ejército mexicano al mando del General Ignacio Zaragoza, derrota a las tropas intervencionistas francesas en una acción militar conocida actualmente como "Batalla de Puebla".
- 23 de septiembre: Otto von Bismarck, es nombrado primer ministro de Prusia.
- 4 de octubre: Estados Unidos - Batalla de Galveston durante la Guerra de Secesión.
- 12 de octubre: Argentina - Asume el gobierno Bartolomé Mitre, primer gobernante de todo el país desde la década de 1810.
- 10 de noviembre: Estreno de la ópera La Forza del Destino de Giuseppe Verdi en San Petersburgo.
- Zarpan de Cádiz los tres buques integrantes de la Comisión Científica del Pacífico.



2. BIOGRAFÍA

Francisco Fernández Villabrille (1811-1864)

1. El universo o las obras de Dios: tratados completos de historia natural / por Francisco Fernández Villabrille. - Fernández Villabrille, Francisco. Ed. de lujo con grab.- 12-ene-2011



2. Estado actual y organización de la enseñanza de sordomudos y de ciegos: memoria dirigida al excmo. señor Ministro de Fomento / por Francisco Fernández Villabrille. - Fernández Villabrille, Francisco. XVI, 134 p.; 14-ene-2011

3. Inaguración de la escuela superior normal para instrucción de los aspirantes al profesorado en la enseñanza especial de sordo-mudos y de ciegos y discurso leído en dicho acto solemne / por Francisco Fernández Villabrille. - Fernández Villabrille, Francisco. 32 p. 14-ene-2011

4. Origen, progresos y clasificación de los conocimientos humanos / por F. Fernández Villabrille. - Fernández Villabrille, Francisco. 30 p., [1] h. 14-ene-2011

5. Semanario de la infancia: siete días de lectura para los niños / por D. Francisco Fernández Villabrille... - Fernández Villabrille, Francisco. 118., [20] h. de lám. : il. ; 16-



ene-2011

6. Abecedario de la infancia / por Don Francisco Fernández Villabrille, profesor del Colegio Nacional de Sordo-Mudos. - Fernández Villabrille, Francisco. 120 p. : il. ; - 16-ene-2011



7. Formulario de los sordo-mudos - Fernández Villabrille, Francisco (1811-1864)
Figura nº 3 Imagen del libro
La h. de mapa pleg. es: Paisés Bajos según las últimas divisiones políticas / por D. F. V., 1834 (image/jpeg; application/pdf) - 19-may-2010

8. Juegos y entretenimientos de las niñas, por Don Francisco Fernandez Villabrille. - Fernández Villabrille, Francisco. ixp., 1 l., 178 p. 20-oct-2009

9. El universo o Las obras de Dios [Texto impreso]: tratados completos de historia natural - Fernández Villabrille, Francisco. 2 t. en 1 v. 26-sep-2009

10. Origen, progresos y clasificación de los conocimientos humanos: (introducción a la enciclopedia moderna) - Fernández Villabrille, Francisco. 03-oct-2009

11. Biblioteca general de educación - Fernández Villabrille,
Figura nº 4 Imagen del libro



Francisco. Primera série: Tomo 1º. Las edades de la vida. Programa... Tomo 2º. La infancia Tomo 3º Los juegos d . 03-oct-2009

12. El año eclesiástico: funciones religiosas, aniversarios, rogativas, procesiones, etc., que la Iglesia celebra durante el año - Fernández Villabrilte, Francisco -2009



13. Diccionario usual de mímica y dactilología : útil a los maestros de sordomudos, a sus padres y a todas las personas que tengan que entrar en comunicación con ellos - Fernández Villabrilte, Francisco. Reproducción digital de la de Madrid, Imprenta del Colegio de

Sordo-mudos y Ciegos, 1851. (text/html) - 2004

14. Manual de clases para uso de los sordo-mudos del colegio de Madrid - Fernández Villabrilte, Francisco. Reproducción digital de la de Madrid, Imprenta del Colegio de los mismos, 1860. (text/html) - 2004.

15. Curso elemental de instrucción de sordo-mudos : obra útil a estos desgraciados, a sus padres y maestros y a todas las



personas que se ocupan de educación - Ballesteros, Juan Manuel; Fernández Villabril, Francisco. Reproducción digital de la edición de Madrid, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y Ciegos, 1845.

3. LOS JUEGOS DE LA PRIMERA EDAD



Los juegos de la primera edad se encuentran en el 3º tomo de la primera serie que forman la biblioteca general. Esta primera serie está formada por 5 tomos más hasta tener un total de 6 tomos, cuyos títulos son:
1º tomo: Las edades de la

vida. Programa... Tomo 2º. La infancia Tomo 3º Los juegos de la primera edad Tomo 4º. La escuela de párvulos Tomo 5º. Vicio y virtud ó los contrastes, Cuentos... Tomo 6º. La infancia de los hombres célebres

La Segunda serie por su parte está formada por otros 5 tomos. Tomo 1º. La niñez Tomo 2º. La escuela Tomo 3º. Juegos y entretenimientos de las niñas Tomos 4º y 5º. Lecturas é Imágenes para los niños

A continuación exponemos de forma detallada los juegos que pertenecen a este tomo:

EL PARTERRE



Al frente del antiguo Gasón del palacio del Buen Retiro, y como introducción á el vasto jardín de este real sitio, hay un anchuroso y ventilado terreno llamado el Parterre, porque efectivamente, lo ha sido respecto del palacio que allí existió en días de esplendor. Allí figuran todavía las plantabandas y labores de bog, cortadas á



tijera alrededor de dos estanques, mientras que á lo lejos campean por encima de los árboles, las puntas y labores del árbol del estanque chinesco.

Allí el sol dora con sus oblicuos rayos de Poniente las escalinatas y filas de árboles que las coronan, mientras que por otro lado la vista puede dominar gran parte de las cúpulas y torres de Madrid, que se destacan sobre un puro y trasparente celage.

Este es el sitio que los niños prefieren para sus juegos, y maravilla será pasar alguna tarde por él, sin oír resonar los gritos y estrépito, propios de los juegos de la infancia. En los hermosos días de primavera y otoño y en las serenas tardes del estío, los niños corren presurosos al Parterre, á gozar aire puro y calor vivificante. Allí no hay distinción de clases, ni de categorías, todos se tratan de ÍM: no se hace caso del lujo del vestido, y aun se mira con fastidio, cuando es un obstáculo para entregarse con



abandono á los juegos. Únicamente la aristocracia de la edad y de la fuerza es allí conocida. También las niñas suelen presentarse en el Parterre: sus juegos son menos bulliciosos, y despliegan ya en ellos aquel instinto de coquetería que parece innato en a mujer. En cuanto á los muchachos, el anchuroso espacio les parece poco, para seguir á la carrera el aro que voltea rápidamente impelido, para ejecutar sus cabalgatas, escondites y simulacros de batallas.

¿Quién no se ha regocijado al contemplar aquella caterva de niños, corriendo, saltando y dando volteretas? Unos fuertes y robustos, otros más delicados; unos ligeros y esbeltos, otros pesados y tímidos, pero todos alegres: todos, así blancos como morenos, con las mejillas sonrosadas por el calor del sol y la agitación. En aquellos juegos de la infancia se encuentra un bosquejo de nuestras diversiones y aun de nuestras ridiculeces.

Con las modernas obras que tanto han de embellecer el Parterre, está suspendida temporalmente la reunión en él de los niños; pero es de esperar que, concluidas que sean, vuelvan al instante á tomar posesión de su campo de batalla, de su sitio favorito, entonces embellecido con nuevos adornos, con graciosas fuentes, con estatuas de nuestros reyes y recuerdos de nuestras glorias.

Nada de esto, sin embargo, animará tanto el paisaje, como la vista de los grupos de niños y de niñas, todos de corta edad, todos de carnes frescas y sonrosadas, con los cabellos sedosos que caen en rizados bucles alrededor de un rostro animado por



el juego y la sonrisa. Vedlos allí, como en la viveza de sus movimientos se deja conocer el ardor de aquella sangre pura que colorea sus mejillas, y en el brillo de sus ojos se trasluce todo el candor é inocencia de su alma.

¡Envidiable alegría la de los primeros años!

La vista de estas deliciosas criaturas es capaz de desarrugar la frente al hombre más austero y misántropo. Se cuenta de un filósofo muy serio, muy aburrido, muy desengañado de las cosas humanas, que al contemplar uno de estos alegres y graciosos juegos de niños, exclamó: — ¡Qué lástima que todos estos hayan de convertirse en hombres!

LOS CORROS

Entre todos los juegos de los niños ocupan un lugar de preferencia los corros que forman, entonando al mismo tiempo alegres canciones. ¿Quién de nosotros al bajar al Prado á tomar el fresco en una hermosa noche de verano, no ha visto estos corros que particularmente las niñas forman cerca de la fuente de los Cuatro Tiempos? ¿Quién no ha escuchado con placer aquellos cánticos populares, que fueron también nuestro embeleso en los primeros años de la vida? Qué inocentes y sencillas simpatías nacen de estos juegos!

Las niñas como mas pacíficas, toman parte en ellos con una avidez extraordinaria, y aceptan con alegría el papel que les está confiado, porque en estas escenas, todos los papeles se sa r hermanos y anduvo solo todo el día, por no ceder a la tentación



de reñir con ellos, de modo que por la tarde todos fueron juntos en la carretela. La madre recomendándoles antes de subir que se bajasen dadas unas vueltas y no quisiesen estarse en coche toda la tarde, los estuvo mirando con satisfacción y confirmándose en una idea que ella siempre había tenido, cual es, que aun de las cosas más triviales se puede sacar partido para mejorar la conducta de los niños ceden alternativamente. En todas estas escenas, hay su movimiento, su pequeña acción que interesa á todos los actores, acompañada de cánticos populares, no tan desprovistos de ritmo y de compás, que no hayan podido bailarse en forma de rigodón en salones más elevados, y por personas que no eran niñas. La letra de estas caciones algún romance popular, desfigurado y cuyo origen se pierde en los remotos tiempos de donde proviene por tradición: de esta clase son los que empiezan:

Yo no quiero al conde de Cabra,

A la cinta, cinta de oro

Una de las más graciosas cantinelas de los corros es aquella cuyo estribillo dice:

Señorita muy bien parecida

Salga vd. á bailar,

Media vuelta daréis vos;

Si la queréis dar.

Durante ella, y a cada vuelta de la rueda, va saliendo por su



turno cada niña, empezando por la que hace de presidenta, y cogiendo a la niña que respectivamente la sigue, da una vuelta con ella en medio de la rueda, y luego se vuelve á su puesto, volviendo á entonar su cántico. Esto se continua hasta que todas las niñas del corro hayan dado su vuelta en medio, y una parejas se dan un besito, además de la vuelta de ordenanza.

Las madres, las abuelas, las nodrizas y las niñeras, forman, por decirlo así, otro corro á corta distancia de las niñas. Sentadas en los bancos inmediatos ó en el pilón de la fuente, siguen, con ansiedad los movimientos de los niños, escuchan sus cánticos y vigilan todos sus pasos.

De vez en cuando se desprende alguna niña del corro, y viene al regazo de su madre, radiante de placer, á dejar el pañuelo ó sombrero que le estorba, á enjugar el sudor de su frente, ó tal vez á prorumpir en alguna queja, por que las madres forman allí un tribunal de paz y de conciliación, para aplacar todas las discordias, y calmar los enojos, que por otra parte duran bien poco; pues los consejos se escuchan con impaciencia, ó se interrumpen para volver con las compañeras que están llamando.

Las amas de cria y las niñeras van y vienen para corregir, proteger y vigilar la niña puesta á su cuidado, Sr cuando ociosas se reúnen, su coloquio no suele ser silencioso ni pacífico; pero las madres no hablan con delicia más que de sus hijos, repiten rojl veces una misma cosa y siempre se escuchan con sonrisa. El carácter, las inclinaciones, las enfermedades y aun los dichos



admirables de sus niños son materia interminable de los diálogos, y mientras que se verifican, se enseñan unas á otras con orgullo aquellas criaturas en quienes fundan su porvenir y sus esperanzas, se dan un besito, además de la vuelta de ordenanza.

EL ARO

Enriqueta iba un día a paseo delante de su mamá, llevando en la mano un aro forrado de paño encarnado, con galones de plata y alambres cruzados de los que pendían sonoros cascabeles. Así que llegaron la madre y la hija á un terreno llano y despejado, lo que es indispensable para divertirse sin riesgo en este juego, se sentó la madre en un banco de piedra, y Enriqueta, quitándose su sombrero de paja, empezó á jugar con el aro, haciéndole girar rápidamente en todas direcciones, aunque sin apartarse mucho del sitio en que su madre se encontraba.

El aro no solo es juego que divierte mucho á los niños, sino que contribuye á que hagan un ejercicio saludable, para dar agilidad al cuerpo y soltura á las piernas y los brazos. Aunque parece tan sencillo, embarga mucho la atención de los niños, para dirigir su marcha y para comunicarle el empuje por medio del palillo que se lleva en la mano. La habilidad del que juega está en combinar de tal modo el empuje que al aro comunica, con la velocidad de su carrera, que el aro nunca pueda evadirse de su dominio, estando siempre á tiempo de comunicarle el empuje, cuando empieza á ceder en su velocidad. Había por allí



otra niña que también estaba de paseo con su mamá, y que no teniendo aro, ni — s o taba con atención el de Enriqueta, acercándose algún tanto para observar los movimientos de esta. Como que las niñas se entienden fácilmente unas á otras, al instante adivinó Enriqueta lo que la otra niña podía desear y acercándose á ella, le dijo con mucha monada: — ¿Quiere vd. jugar conmigo? La otra niña que no deseaba otra cosa, consultó á su mamá con una mirada y en seguida tomó parte en la recreación de Enriqueta, resultando que desde aquel instante tuvo el juego mayor animación. Ya corrían las dos paralelamente, ya cortaban con prontitud el terreno para atajar y contener á el aro cuando se apartaba de su dirección, ya se le lanzaban la una á la otra, ya en fin iban á competencia a ver cuál de las dos le comunicaba mayor empuje, y por consiguiente le hacía ir más lejos. Parece que todo placer es mayor cuando de él hacemos partícipes á los demás, y es indudable que Enriqueta tuvo la mayor satisfacción por la condescendencia que había tenido con aquella niña á la que hablaba como si fuese conocida de toda la vida.

Pero no es esto lo mas particular, sino que las madres, que jamás se habían saludado, vinieron á encontrarse juntas, sentadas en el mismo banco, conversando amigablemente y observando con satisfacción los colores de la rosa que asomaban á las mejillas de sus hijas. El juego del aro es conocido desde la más remota antigüedad. Le usaron ya los griegos y los romanos, y entre ellos ciertamente que no era un juego de niños. El aro estaba formado por un gran círculo de hierro y se le comunicaba



el empuje con una varilla del mismo metal.

En lugar de cascabeles llevaba colgantes muchos anillos y sonajitas de cobre, que producían con el choque ese ruido que parece un estímulo a la carrera.

LA CUERDA

Saltar en la cuerda, de los diferentes modos que esto se ejecuta, es otro de los ejercicios á que los niños tienen grande inclinación. Es juego que contribuye mucho á el equilibrio y á la agilidad del cuerpo, y tan conocido, que apenas necesita descripción.

Emilio era, entre todos los niños que yo he conocido, el que mejor sabía saltar con la cuerda, y para hacerlo, buscaba una de tales dimensiones que le permitiesen saltar sin encorvar el cuerpo, ni fatigarse mucho. Elegía para el salto el momento mismo en que la cuerda tocaba al suelo ó pasaba rozando con él.

Cuando redoblaba el movimiento circular de la cuerda, levantaba muy poco los pies del suelo, y sin doblar las rodillas; pero cuando la cuerda iba muy despacio, levantaba mas los pies y el brinco era más sostenido. Empezaba saltando más ó menos aprisa sobre un mismo terreno, después iba corriendo y saltando, después cruzaba y descruzaba los brazos, cambiando la posición de la cuerda, y la hacía girar con velocidad extraordinaria.



En las niñas es todavía más vistoso el juego de la cuerda, por las elegantes actitudes que les hace tomar, ostentando lo esbelto de su talle y manifestándose ligeras sin dejar de ser graciosas. Hay una variedad en este juego, en la que no es la misma persona que salta, la que mueve la cuerda, sino que esta es movida por otras dos que la tienen asida cada una de su punta.

Entonces como no hay que cuidar de la cuerda, pueden saltar dos y tres niños á la vez, pero es fácil se tropiecen, y en todo caso, se debe elegir una cuerda muy larga, á pesar de que siempre es mas difícil ponerla en movimiento. La cuerda puede ir y venir, ó lo que es lo mismo, ser movida á modo de columpio; puede dar mella entera, como cuando la mueve el mismo que salta; puede granar íerreno andando hacia adelante los que la mueven y por consiguiente el que salta, y puede girar permaneciendo inmóvil uno de los que mueven la cuerda, mientras que el otro gira trazando círculo alrededor, hasta volver al mismo punto.

Los niños ó niñas que mueven la cuerda, deben hacerlo acompasadamente, sin separar mucho el brazo del costado, sin sacudirla bruscamente, ni parar de improviso. Deben arreglarse en todo á los movimientos del que salta y evitar que por su descuido, si es que no hay algo de malicia, se le enrede la cuerda entre las piernas y dé una caída peligrosa.

LA GALLINA CIEGA

Este es el juego favorito de las niñas. Es tan sencillo, que casi no merece una descripción particular, pero sencillo y todo pone



en movimiento la inteligencia de la que se queda ó hace de gallina ciega, porque lleva los ojos vendados con un pañuelo, y la agilidad de todas las niñas que alrededor de ella dan vueltas en corro. Constituida la niña, ya con los ojos vendados en medio del corro, se le pregunta:

Gallinita ciega ¿qué te se ha perdido?

Una aguja y un dedal.

Pues da tres vueltas v lo encontrarás.

Estas palabras son absolutamente indispensables y no hay memoria de que las niñas hayan jugado nunca á la gallina ciega, sin empezar por esta fórmula acostumbrada. Mientras que la niña da las tres vueltas, dice:

Una... dos... tres y la del revés.

En seguida empieza á girar la rueda, hasta que la gallina grite:

Pare la rueda.

Oídas estas palabras, todo el mundo debe permanecer quieto é inmóvil en el sitio en que le cogieron, porque entonces empieza el verdadero juego. La gallinita ciega se dirige titubeando á agarrar á la primera que encuentre, á ver si por el tacto puede colegir quien sea, y proclamando su Hombre en voz alta, hacerla poner en lugar suyo, yendo ella á disfrutar de su libertad en el corro.



Para que este juego se verifique como es debido, hay que observar las reglas siguientes: Por parte de la que se queda, proceder siempre de buena fé, sin levantar con disimulo el pañuelo que cubre los ojos, y aun avisar para que la tapen, si es que ve algún poquito.

Por parte de los que juegan hay que observar: Nunca engañar á la que está vendada, y esto no precisamente por el perjuicio que se le pueda seguir, sino por lo feo y trascendental que es acostumbrarse á la mentira desde los primeros años: el que no hace escrúpulo de mentir en los juegos, no está muy distante de mentir en las cosas serias. No soltarse, ni separarse del corro, ni mudar ó disfrazar el traje.

No poner estorbos, ni presentar cuerpos extraños á la que se queda: lejos de eso, cuando vaya á tropezar en alguna cosa, avisarla á tiempo con el acostumbrado grito de tocino! Dejarse coger alguna vez por cortesía, cuando ya ha pasado mucho tiempo y está fatigada la que hace de gallina.

Como ese juego tiene cierta monotonía, que llegarla á ser cansada pasado algún tiempo, se han inventado algunos medios ingeniosos de variarle, recurriendo al oído en vez del tacto para reconocer las personas. Ya es por el sonido de una llave por el que se dirige la gallina ciega, y juzga de la mayor ó menor proximidad de aquel á quien busca

Ya presenta una varita ó el cucharon hacia el corro, para que la niña delante de quien se pare, agarre de la otra punta. Entonces la gallina ciega da un pequeño grito, el que puede



repetir hasta tres veces, teniendo que repetirle la otra persona que juega y que tiene asido el otro estrene de la vara. Toda la gracia está en disimular de tal modo la voz y en fingir las entonaciones, en términos que dicha persona no pueda ser reconocida por el eco. Si esto sucede, no tiene más remedio que vendarse los ojos, pasar al medio del corro y empezar á cumplir la penitencia.

LAS CUATRO ESQUINAS

Al llegar los niños una tarde al término de su paseo, con mas impaciencia que formalidad, muy sosegados delante de sus padres, quisieron entregarse, mientras ellos descansaban, á uno de los saludables juegos de la infancia. La circunstancia de ser cinco los que habían de jugar, les sugirió la idea de elegir el juego de las cuatro esquinas, que por el movimiento continuó que necesita, es uno de los más convenientes para desarrollar las fuerzas y ejercer saludable influencia en el cuerpo.

Anduvieron algún tiempo buscando un sitio que reuniese las condiciones que este juego requiere: un terreno firme y sin estorbos entre las cuatro esquinas ó árboles que han de hacer sus veces, colocados si es posible á distancias iguales como de diez pasos.

— ¿Quién es el que se queda? Preguntábanse los niños unos á otros, porque al empezarse el juego, como que aun no podía haberse sentenciado el que se había de quedar sin esquina, y precisado á ir de una en otra hasta lograr una vacante, era forzoso que alguno fuera el penitenciado. Disponíanse á echar



suertes, cuando Victor se ofreció galantemente á quedarse, haciendo este obsequio á las niñas.

El juego de las cuatro esquinas, como todos los demás, tiene sus reglas fijas, de que los niños se muestran escrupulosos observadores. Las cuatro esquinas ó árboles deben estar colocados en esta forma:

Cada árbol estará ocupado por uno de los que jueguen y el punto A por el que se queda, según la expresión vulgarmente usada. El que se queda se dirige á cualquiera de las cuatro esquinas, diciendo:

— ¿Me hace vd. el favor de una ascuita de lumbre?

La persona interpelada, indicándole con el dedo cualquiera de las cuatro esquinas, le contesta:

— En aquella esquinita rebulle

Así da tiempo para que mientras se dirige á la otra esquina, puedan los jugadores cambiar de sitio, debiendo estar el otro con ojo alerta, para lanzarse al primer sitio que vea desocupado, y entonces el propietario de aquel puesto, si no puede coger otro, tiene que quedarse en el medio y repetir la maniobra de ir de esquina en esquina hasta que logre pillar una. Para animar mas el juego, conviene que todos los jugadores cambien á la vez, resultando en medio de este movimiento general, que dos suelen dirigirse á la vez á la misma esquina, y alguno de ellos se ha de quedar forzosamente plantado en el medio.



Sucedió que Rita se cansó pronto y los de más continuaron el juego con tres esquinas, en esta forma:

Pero habiéndose luego cansado todos, se sentaron en el suelo á descansar y contar historias.

EL ESCONDITE

El juego del escondite á que tanta afición tienen los niños por los muchos lances que ofrece, se ejecuta mejor y con mas diversion en algún jardín que en los interiores de las habitaciones.

Allí pueden dar los niños esas carreras al aire libre, que tan provechosas son para su salud y para que les salgan buenos colores á)a cara. Allí puede lucirse, asi la ligereza de los que huyen por no ser cogidos, como la del que los persigue, ó como vulgarmente se dice, del que se queda. Porque en este juego, cowo vosotros sabéis, amigos mios, hay un punto de reunion que se llama la madre, desde el que todos los jugadores parten á esconderse, escepto uno, es decir, el que se queda, que permanece allí hasta que al oir la voz de]vengan\ parte en busca de los escondidos, apurando su ingenio para encontrar la madriguera.

Si no logra atrapar á ninguno, y da lugar á que vuelvan al punto de reunion, buscándole las vueltas, y lanzan regocijados el grito de:

--[Hijitos a la madre]



Entonces no le queda mas recurso, que empezar una y otra vez su penosa tarea, que pronto acaba con su paciencia.

Por supuesto que vosotros habréis jugado muchas veces al escondite, y aun os acordareis de los estropicios que habéis hecho. ¡Desgraciada la habitación donde los niños se abandonan á este juego! Todo lo invaden: no escrupulizan el meterse detras de las cortinas, debaio de las mesas y de las camas, ni reparan si al correr echan á rodar algún mueble de valor. Por eso las amas de casa, tienen buen cuidado de esceptuar de las diversiones de los niños, aquellas piezas que tienen arregladas con mayor esmero. Fuera de este espacio limitado, todo lo demás de la casa es c a m p o de sus correrías, y así trepan á algún desván como se agazapan en la carbonera.

Los niños que componían nuestra tertulia, dispusieron un dia jugar al escondite. Ya hacia buen rato que estaban jugando, cuando notaron que Eduardo, el mas joven de los niños, no volvía al punto de reunion, cuando alguno d é l o s jugadores era cogido. Como esta era una infracción de las reglas del juego, empezaron á llamarle.

— ¡ E d u a r d o . . . E d u a r d o ! . . .

Pero no respondía. Fueron á buscarle por toda la casa, pero nada, ni por esas: nadie pudo encontrar su madriguera.

— Habrá encontrado tan buen escondite, que no quiere salirde él porque no le pillen.

Así decían los niños, y como les sabia mal suspender SU



juego, le continuaron, diciendo de Eduardo;

—El parecerá.

Por otra parte, aquel chico estaba tan gordo y era por lo tanto tan poco aficionado á correr, que por no menearse creyeron que no quería salir del escondite.

Acabóse al fin el juego, y Eduardo no parecía: entonces todos entraron en cuidado, buscándole solícitos por toda la casa. Vosotros, como es natural, querréis saber donde se hallaba Eduardo entre tanto. Pues bien, os lo voy á contar:

Eduardo en una de sus excursiones para esconderse, se había escurrido bonitamente á la cocina, solo por ver si se encontraba abierta la puerta de la despensa, á la que hacia frecuentes visitas. Era goloso y glotón en extremo: así es, que arrastrado por este vicio, mientras los demás niños se entregaban á los juegos propios de su edad, Eduardo no pensaba más que en satisfacer su propensión á las golosinas.

Por una casualidad, de aquellas que él tanto buscaba, halló abierta la puerta de la despensa, y abalanzándose ansioso, arrimó una silla á la alhacena de repuesto, y trepando encimado ella, empezó á engullir cuanto hallaba á la mano, con la presteza que el caso exigía.

Mientras se hallaba entretenido en tan sabrosa faena, acordóse el cocinero de que se había dejado abierta la despensa y fue allá para echar la llave, que guardó en su bolsillo. No se le ocurrió á dentro, ni Eduardo sintió el ruido del pestillo, porque



era mayor el que producían sus mandíbulas.

Esta era la causa porque Eduardo no asistía al juego, y por la que le andaban buscando por toda la casa. Después de haberla registrado toda de arriba á abajo, solo faltaba mirar la despensa, y el cocinero fue á abrirla por mandado de sus amos.

—Aquí está, aquí está el ratón que se comía mis provisiones, exclamó el hombre sumamente gozoso por ver descubierto el autor de un desfalco, por el que varias veces le habían reconvenido.

De esta manera recobró su crédito aquel honrado servidor, y quedó patente la falta vergonzosa de Eduardo. A este pudieron servirle de castigo las risotadas y rechiflas de sus compañeros, las palabras algo más severas de su papá, y una buena indisposición, que le tuvo algunos días en cama de resultas del hartazgo.

EL PASEO EN CARRETELA

Una señora, residente en una de las principales ciudades de provincia, pero que había venido á pasar una temporada en Madrid, en compañía de sus tres hijos, el que más de tres años de edad, acostumbraba sacarlos á paseo todas las tardes, para que fuesen viendo los mejores paseos de la capital.

Ya habían estado en el Retiro, en el Prado y en el Canal, ya habían visto el paseo de la Fuente Castellana ó de Isabel II, con su amenidad y frescura casi fabulosas para los que antes conocieron aquel extenso arenal, ya habían en fin recorrido todos



los sitios de recreo que atestiguan cuanto se ha aumentado de pocos años a esta parte la magnificencia de la capital, y entre todos estos sitios, ninguno había sido tan del agrado de los niños, a ninguno deseaban ellos el ir con más ardor, que al paseo y glorieta de la plaza de Oriente, y esto no era por el magnífico golpe de vista que allí se disfruta, ni deseos de contemplar la arrogante estatua de Felipe IV, sino, forzoso es decirlo, por observar embelesados las carretelas, cochecitos y ómnibus, que atestados de niños y de niñas, giran constantemente alrededor de la glorieta.

¿Qué les importan a los niños las bellezas y maravillas del arte, en una edad en que aun no pueden comprenderlas? Así es, que los niños de que aquí se trata, al pasar por las calles de Madrid, mientras que su madre se quedaba asombrada delante de los soberbios edificios que han levantado algunos opulentos capitalistas, ellos se entretenían en mirar las estampas y los juguetes, expuestos a la puerta de los almacenes de novedades, ó se acercaban poquito á poco, a los escaparates de alguna confitería. He aquí justificada la razón, porque al sentarse los niños en los bancos de piedra de la glorieta de Oriente, solo tenían ojos para contemplar aquellos carruajes, tan pequeñitos y tan elegantes.

En Madrid, una idea útil y ventajosa al que la promueve, nunca deja de tener imitadores. Ocurriósele á un pobre hombre hacer una tartanita, y presentarse con ella en la plazuela de Oriente á disposición de los niños, que mediante una retribución de cuatro cuartos, quisiesen dar en ella un paseo. Era este un



medio tan ingenioso como inocente de ganarse la vida, y el pensamiento tuvo tal aceptación^, fueron tantos los parroquianitos que acudieron, que en breve se suscitó la emulación y vinieron a competir con la tartana, la elegante carretela, el popular ómnibus y hasta el extranjero carruaje. Tiene ya el mundo infantil toda la batahola de carruajes, que tanto estrépito producen en las calles de las grandes ciudades, tiene todo el lujo y toda la variedad: solo faltan los abusos, y estos por desgracia no faltarán.

Los primeros días que los niños concurren a la glorieta, se contentaron con ver pasar y con seguir con la vista los elegantes cochecitos y la vistosa carretela, envidiando la suerte de los dichosos niños, que en ella eran llevados, pero al segundo día, ya se atrevieron a suplicar a su mamá, les permitiese subir al coche. — [Ohi no es poco lo que pedís, queridos míos, y un favor de esa especie es preciso merecerle. Veremos mañana que tal os portáis durante el día, que tal cumple cada uno con su obligación y esto es lo que decidirá quién será el que suba al coche.

Hecho este convenio, los niños al siguiente día se propusieron no cometer falta que les impidiese el pasearse en el coche favorito, y por lo menos, dos de ellos así lo cumplieron. En cuanto al tercero, la fuerza de la costumbre fue en él más poderosa que sus buenos deseos. Tenía el tal niño un genio sumamente pendenciero, y por un quítame allá esas pajas, armaba con sus hermanos una quimera en la que solían cruzarse de una parte y otra algunos buenos cachetes. La madre, que varias veces había reprendido este defecto, estuvo en



observación todo aquel día y por desgracia aquel día no se pasó sin camorra. Por la tarde, así que los niños divisaron el coche objeto de sus deseos, empezaron á saltar de alegría, y el conductor, que reconoció se llegaban parroquianos, paró' el carruaje, diciendo.

—Vamos, señoritos, ¿van vds. á subir? Subieron en efecto los dos primeros, pero al adelantarse el tercero muy animoso, su madre le contuvo, diciendo: —Tú no subes, porque si armaras con tus hermanos dentro del coche otra quimera como la de esta mañana... ya ves, pudierais caer abajo. Déjalos á ellos solos, que saben estarse quietos en todas partes. ¿Parece que habías olvidado lo que te prometí ayer? Partieron los dos niños á dar sus vueltas á la redonda, mientras que el otro se detuvo al lado de su madre, mustio, cabizbajo y procurando contener las lágrimas que se le venían á los ojos.

LA VAJILLA

Papá, decía Carolina con mucha zalamería a su padre, yo quisiera tener una vajilla como la que he visto el otro día en el Gran Bazar.

¡Si viera vd. qué cosa tan mona! Allí había cuanto hace falta para el servicio de una mesa. Fuentes, platos, tacillas tan chiquititas y tan relucientes; botellas y vasitos de cristal, cucharitas y tenedores de platina; la sopera con su tapa, y hasta las servilletas metidas en su aro, y todo esto se guarda dentro de una caja. ¡Ah! papá, ¿me la comprará vd?



—No tengo inconveniente, hija mía. Te prometo que la primera tarde que salgamos juntos entraremos en los Tirolesees á comprar esa caja que tanto te gusta; pero ha de ser bajo una condición. Tú tienes el defecto de ser algo curiosa. No es solo en el salón del Prado donde se forman esos corros de niñas, cuyos movimientos son tan graciosos y sus trajes tan elegantes, como que en ellos se ha desplegado cierta coquetería de las madres, para hacer valer las gracias de sus hijas. También en el Retiro y en las plazuelas del centro de la población, en aquellas en que hay árboles y frescura, se reúnen frecuentemente los niños y las niñas, haciendo resonar en todo el contorno sus cánticos y sus risas. Y como esta es una falta muy fea en las niñas, es indispensable el corregirse de ella. Ya me han dicho que empiezas á enmendarte...

—Sí señor, papá mío.

—Está bien; pero quiero yo hacer la prueba por mí mismo.

—Como vd. guste, papá.

—Bien: ve ahora al gabinete de tu mamá, que allí estaré yo dentro de un rato, y sabrás lo que debes hacer.

Todavía no había concluido Carolina de contar a su madre lo que acababa de suceder, cuando entró su papá, ovando en la mano una bonita caja de esas que sirven para regalar pastillas y diabolines, y entregándosela á su hija, dijo;

—Carolina, tal vez esta tarde misma tendrás esa caja que tanto deseas, si me das palabra de no abrir esta hasta que yo te



la pida.

—Pierda vd, cuidado, papá.

Se quedó la niña con la caja, mirándola y remirándola, y apenas se vio sola, cuando... ¿se creerá lo que voy á decir? ¡Pues abrió la caja de golpe y porrazo, sin tener presente lo que su padre deseaba, ni lo que ella misma acababa de prometer! ¡Tan difícil es resistir á una costumbre inveterada y desarraigada un vicio á que se ha dado entrada en nuestro corazón!

Dentro de la caja había dos moscas las que, por pronto que la niña quiso cerrar, echaron a volar dejándola estupefacta. Sentóse en una silla con la caja vacía en las manos, reflexionando sobre lo que le pasaba; pero como su imaginación era muy viva, al instante se levantó, diciendo:

— [Porque poca cosa me apuro yo! ¿Si se han escapado las moscas, hay más que coger otras dos y meterlas en la caja? Así mi papá no puede conocer que la he abierto. Así hablaba la niña sin reflexionar que su padre pudiera, y aun es lo más probable que lo estuviese haciendo, acechar todo cuanto ella ejecutaba. Púsose, pues, á cazar moscas, dando manotazos arriba y abajo, hasta que al fin atrapó una. Iba ya a meterla en la caja, cuando sintió cierto remordimiento y dijo para sí:

—Pero si guardo otras moscas en la caja y se las presento así á mi padre, lo que voy á hacer es engañarle, y engañar á su papá ¿no será una falta todavía más grave que el abrir la caja? ¡Oh! ¡Yo no tengo valor para engañar á mi papá! Lo mejor es



decirle la verdad y que haga después lo que quiera.

Dicho y hecho, fue á buscar á su papá y le contó ingenuamente cuanto había pasado. No sé yo á punto fijo el efecto que esta confesión baria en el buen padre; pero sin duda fue favorable, puesto que la niña posee la caja con su vajilla completa y con ella ha dado á sus amigas el simulacro de un magnífico convite.

LOS CUENTOS

Bien sabida es de todos la grande afición que tienen los niños á escuchar cuentos é historietas acomodadas á su edad é inteligencia, así como la impresión que ejercen en su espíritu.

Circunstancia es esta de que siempre han sacado partido los autores, para inculcar por medio de cuentos á la tierna niñez, los principios de moral y las primeras reglas de una sabia conducta, que le sirvan de guía en los diferentes peligros á que la edad y la inexperiencia exponen de continuo. Siendo tan marcada esta afición de los niños á contar cuentos, fuera maravilla que no dedicasen á tan grata ocupación algunas horas de la tertulia, que en una de las prolongadas noches de invierno formaron Juanito, Bitá, Rafael, Victoria, Pablo y José. Colocados alternativamente según su sexo y por el orden de su edad, convinieron en que cada uno de ellos por su turno había de contar un cuento. Tocábale empezar á Juanito, quien por su juego de niños. El aro estaba formado por un gran círculo de hierro y se le comunicaba el empuje con una varilla del mismo metal.



En lugar de cascabeles llevaba colgantes muchos anillos y sonajitas de cobre, que producían con el choque ese ruido que parece un estímulo a la carrera. Corta edad esperaban que se disculpara de su empeño, mas él salió airoso, diciendo con seriedad: —Pues señor, este era un rey, tenía tres hijas, las metió en tres botijas... Interrumpióle la risa general de todos los niños.

— [Eso no vale! decían, y por último, convinieron, diciéndoles Juanito que no sabía mas, en que pasase el turno á la Rita que empezó así.

—Habían vds. de saber que este era un niño y le gustaban mucho los pajaritos. Pasó un día con su mamá por donde estaban vendiendo unos jilgueros muy bonitos y dijo el niño: Mamá mía, ¿me compra vd. un pajarito de esos?

—Niño, de buena gana te le comprarla, dijo la mama; pero lo que tú vas á hacer con él, será martirizarle y dejarle morir de hambre.

— [Oh! no lo crea vd., decía el niño, y entonces su mamá le compró el jilguero.

— ¿Pues qué dirán vds. que hizo el niño?...

Ni más ni menos de lo que su mamá había pronosticado: ató una cuerdecita á las patas del pájaro y, quieras que no quieras, le hacía andar y dar saltos, le echaba a volar y de un tirón de la cuerda le hacía caer al suelo, ó no le daba de comer o le cebaba a la fuerza. El jilguero piaba mucho, como implorando



compasión; pero el chico aquel siguió maltratándole, hasta que el animalito murió, rendido de pena y de cansancio. Entonces se quedó el niño muy desconsolado; pero no fue esto lo peor, sino que llamándole su madre le dijo: —

¿Qué has hecho del pajarito? y él tuvo que decir todo lo que había pasado. Sacó entonces la madre una primorosa jaula de maderas finas y le dijo: —Mira, ¿ves esta jaula? pues era para tu pájaro si hubieras sabido cuidarle, mas puesto que no sabes hacerlo, no me vuelvas en tu vida á pedir que te compre otro, y en cuanto á la jaula, voy á regalársela á otro niño que sea más compasivo con los animalitos. Y colorín colorado, mi cuento ya está acabado.

Tomó entonces la palabra Rafael y dijo: —En contraposición á lo que ha dicho la Rita, voy á decir yo una cosa, y cuidado que esto no es cuento, sino mucha verdad, pues así me lo ha contado á mí nuestra mamá.

Dice que había en su pueblo una niña muy amable, llamada Cecilia, hija de una pobre labradora, por lo que ambas ganaban su vida con mucho trabajo. Aun en los días peores de invierno tenía que salir la muchacha al bosque á por alguna leña para que su madre se calentase, y un día que se volvía á casa con su hacecillo, al cruzar un camino real, vio acurrucado junto á un árbol á un perrito, lleno de agua y de lodo, extenuado y temblando de frío.

Cecilia soltó su leña y bajándose hacia el perrito, le empezó á llamar y acariciar, poniéndole de pie derecho, y como el animal



diese muestras de agradecer su interés, ella no consultando más que su buen corazón, cogió al perro, le envolvió en su delantal y cargando con su leña, entró en su casa muy satisfecha.

-¿Para qué traes ese perro tan feo y lleno de basura? le decía su madre; pero Cecilia tenía en su interior un contento que no la dejaba reparar en el enfado de su mamá. Le hizo al perro unas súpitas, le lavó y jabonó de pies á cabeza, y entonces ya parecía mucho más bonito. Cobró bien pronto sus fuerzas y salía al campo corriendo y ladrando delante de Cecilia, que cada vez le quería mas. Pero ahora viene lo mejor, y verán vds. como esta buena acción no quedó sin recompensa, y que un día Cecilia se perdió en el bosque y la mamá, viendo que tardaba tanto, llamó á el perro y enseñándole un vestido de su hija, le empezó á decir.

— ¿Y Cecilia?— ¿Dónde está Cecilia?—

A lo que el inteligente animal contestó con fuertes ladridos y con salir corriendo á todo escape. Era el caso que Cecilia, huyendo cuanto pudo de unos muchachos que la querían quitar las moras que llevaba en una cesta, se había alejado mucho del pueblo, metiéndose por unos parajes donde nunca había estado, y concluyendo por no saber salir de ellos. Dejóse caer al suelo rendida de cansancio, y acordándose de su mamá, se puso de rodillas para pedir á Dios la sacase de aquel apuro, cuando sintió á su espalda los ladridos de su perro favorito, y volviendo la cabeza, le vio llegar todo sofocado, jadeando y con la lengua fuera. Abrazóse Cecilia con su fiel animal que se le quería comer



a fuerza de caricias, y guiada por él, volvió sana y salva á consolar á su afligida madre que la estaba esperando fuera del pueblo.

Este cuentecillo fue muy del agrado de la asamblea pueril, particularmente de las niñas, haciéndoles mayor impresión después del primero que habían oído, y estimulándoles á todos á ser buenos y compasivos por pura generosidad, que obtiene al fin su recompensa. Tocábale el turno á Victoria, y todos esperaban de ella otro rato no menos divertido. —Habían vds. de saber que este era un rey que acostumbraba salir de noche por las calles, para ver lo que sucedía en la ciudad.

Se encontró una vez á un hombre tendido en el suelo y profundamente dormido. Mandó que le levantasen y le llevarsen á su palacio, donde le quitaron los andrajos y poniéndole una túnica finísima le acostaron en una cama del príncipe. Cuando el hombre, que estaba borracho, despertó, se quedó atónito al verse en una alcoba magnífica, rodeado de una brillante servidumbre.

Le preguntaron qué traje quería su majestad ponerse aquel día, y esta pregunta acabó de confundirle. Protestando en vano que él no era más que un pobre jornalero, tomó el partido de dejarse "tributar los honores con que le abrumaban.

Se dejó vestir, se presentó en público, asistió, con gravedad á todas las ceremonias de la corte, y pasó después á una mesa suntuosa. Después le proporcionaron juego, paseo, diversiones, y por la noche baile. Como que mi hombre nunca se había



hallado en semejante fiesta, bebió y se alegró de tal manera en la cena, que concluyó por emborracharse, quedándose dormido profundamente. Entonces mandó el rey que le volvieran á poner sus andrajos y le dejasen en el mismo sitio donde le habían encontrado. Allí pasó toda la noche, hasta que despertó de frío, y volviéndose á su casa, dijo á su mujer, que si quería escuchar el sueño mas particular que había tenido en su vida, y le contó todo yo que yo he contado á vds.

—En este cuento, dijo José, se halla, reflexionando bien, una imagen de la vida, Pero ya es la hora de separarnos; otra noche continuaremos esta serie de cuentos que dejamos interrumpida, pues todavía falta el mío, que os prometo será muy largo y muy bonito.

LA CUERDA

Saltar en la cuerda, de los diferentes modos que esto se ejecuta, es otro de los ejercicios á que los niños tienen grande inclinación. Es juego que contribuye mucho á el equilibrio y á la agilidad del cuerpo, y tan conocido, que apenas necesita descripción.

Emilio era, entre todos los niños que yo he conocido, el que mejor sabía saltar con la cuerda, y para hacerlo, buscaba una de tales dimensiones que le permitiesen saltar sin encorvar el cuerpo, ni fatigarse mucho. Elegía para el salto el momento mismo en que la cuerda tocaba al suelo ó pasaba rozando con él.

Cuando redoblaba el movimiento circular de la cuerda,



levantaba muy poco los pies del suelo, y sin doblar las rodillas; pero cuando la cuerda iba muy despacio, levantaba mas los pies y el brinco era más sostenido. Empezaba saltando más ó menos aprisa sobre un mismo terreno, después iba corriendo y saltando, después cruzaba y descruzaba los brazos, cambiando la posición de la cuerda, y la hacía girar con velocidad extraordinaria. En las niñas es todavía más vistoso el juego de la cuerda, por las elegantes actitudes que les hace tomar, ostentando lo esbelto de su talle y manifestándose ligeras sin dejar de ser graciosas.

Hay una variedad en este juego, en la que no es la misma persona que salta, la que mueve la cuerda, sino que esta es movida por otras dos que la tienen asida cada una de su punta. Entonces como no hay que cuidar de la cuerda, pueden saltar dos y tres niños á la vez, pero es fácil se tropiecen, y en todo caso, se debe elegir una cuerda muy larga, á pesar de que siempre es más difícil ponerla en movimiento. La cuerda puede ir y venir, ó lo que es lo mismo, ser movida á modo de columpio; puede dar mella entera, como cuando la mueve el mismo que salta; puede granar íerreno andando hacia adelante los que la mueven y por consiguiente el que salta, y puede girar permaneciendo inmóvil uno de los que mueven la cuerda, mientras que el otro gira trazando círculo alrededor, hasta volver al mismo punto. Los niños ó niñas que mueven la cuerda, deben hacerlo acompasadamente, sin separar mucho el brazo del costado, sin sacudirla bruscamente, ni parar de improviso.

Deben arreglarse en todo á los movimientos del que salta y



evitar que por su descuido, si es que no hay algo de malicia, se le enrede la cuerda entre las piernas y dé una caída peligrosa.

LA LINTERNA MÁGICA

Como el fin principal de las diversiones á que se entregaba nuestra tertulia de niños, era instruir y deleitar á la vez á los concurrentes á ella, se dispuso presentarles la linterna mágica, bajo cuya ilusión pueden darse tan vitales como agradables lecciones. Este espectáculo sorprendente, tan del gusto de los niños, es muy apropósito para que pasen entretenidos alguna noche de invierno. Ansiaban ellos que llegase la hora destinada al espectáculo, creciendo su impaciencia al paso que observaban los preparativos que hacia fosé, que había de ser el director de la fiesta.

Llegó, pues, la noche deseada: los niños y algunos convidados tomaron asiento delante de un gran bastidor de lienzo blanco, donde se habían de presentar las figuras: al otro lado ya estaba José, con su linterna preparada. Hizo la señal de empezar, apagáronse las luces, cesó el bullicio y le oyeron que decía-

—Me propongo, queridos míos presentaros La vida del hombre bueno, y ia del hombre malo, no conforme la habéis visto pintada en las aleluyas, sino conforme yo la he acertado á formar para vuestro ejemplo. Tomaremos á el hombre desde niño, porque las buenas ó malas inclinaciones ya se traslucen desde la primera edad. Así es, que ese niño tan lindo y tan aseado que veis pasar, contará apenas doce años y ya se



distingue por su buena conducta. Ahora vá á la escuela, como se infiere por los libros que lleva debajo del brazo, y sigue derecho su camino, á pesar de que otros niños pasan correteando é invitándole á jugar, pero él los desprecia, porque conoce el valor de tiempo.

Vedle ahora en su casa: siempre aplicado, siempre sumiso á ese señor que es su papá y que le besa con cariño. Aquel cacharrito de barro que se ve en una rinconera, es una hucha donde va echando los cuartitos que le dan, para llevarlos á la Caja de ahorros.

—Ahora os presento, dijo José mudando cristal, á nuestro niño ya convertido en un joven, en un artesano inteligente y laborioso, porque mi ejemplo le he ido á buscar en las clases inferiores, para las que suelen ser mas escasos los preceptos de buena conducta. Ese hombre que entra á observar su trabajo, es el maestro y el dueño del taller: miradle como aprueba lo que hace y predice que será un buen operario. En efecto, esos elegantes muebles que se ven en la tienda, han sido construidos por nuestro joven, que con las ventajas de su primera educación y los conocimientos industriales que ha adquirido, simplifica y perfecciona sus obras.

Ahora sí que os presento un cuadro halagtierno: nuestro joven dando la mano de esposo á esa interesante jovencita, hija de su maestro, que enternecido bendice esta unión que tanto deseaba, ¿Sabéis por qué un hombre de crédito y caudal como ese, da nada menos que su hija á un simple oficial de su tienda? Pues no



es porque haya sorprendido el secreto de sus procedimientos, ni porque en algunas cosas todavía los supere, sino porque ha conocido que es un hombre honrado y trabajador, que sabe huir la compañía de los ociosos, y para quien no hay ocio y disipación

Veamos ahora en el seno de su familia, al joven convertido en un hombre respetable, siendo ejemplo de virtudes y gozando los placeres domésticos. Esos que le rodean son sus hijos y con sus inocentes caricias le distraen de su fatiga. El aspecto de comodidad que sejiota en la habitación, manifiesta que ha adquirido opulencia, al mismo tiempo que la estimación pública. Mas ved aquí un sujeto que llega y le entrega una cosa, á cuyo aspecto manifiesta la mayor sorpresa y alegría; es el premio concedido por una sociedad artística, y expresado en una medalla de oro.

— ¡Bravo ibien! ¡Me alegro! exclamaban los niños, y José conociendo por su entusiasmo, que les causaba la ilusión que él apetecía, continuó:

—Por último, miradle ya en edad avanzada, cuando su debilidad no le permite dedicarse al trabajo, como goza el fruto de sus ahorros y todavía le quedan productos que destinar á la beneficencia.

Así continua dirigiendo á los demás con sus consejos y su experiencia, hasta que paga el tributo a la humanidad con sentimiento del país y lágrimas de los pobres y de su familia. Así terminó la vida del hombre bueno con gran satisfacción de los



niños á quienes dijo el cicerone de la linterna.

—Después del satisfactorio cuadro que os acabo de presentar, casi estaba por suprimir la segunda parte ó sea la vida del hombre malo, porque no pueden menos de entristeceros las funestas consecuencias del vicio y del extravío de las pasiones.

—No, no; queremos verla también, dijo Pablo.

—Que siga, que siga, clamaron todos.

—Pues bien, seguiré, contestó José, de esta manera se notará más el contraste y hará más impresión en los ánimos. Ya le tenemos en la escena.

¿No os lo decía yo? Mirad ya que traza de pillo y como desde pequeño manifiesta sus malas inclinaciones.

Ahí está jugando en medio de una calle pública con otros camaradas tan buenos como él, y los libros y cuadernos que hay caídos por el suelo declaran que se entretienen de este modo cuando debieran estar en la escuela. Pero hé aqui que llega ese buen hombre con su aspecto severo: es el padre del muchacho que viene á sorprenderle y sacudirle de lo firme; pero el pillole descubre á tiempo y, escapa burlándose y ostentando su indocilidad. Ya le tenemos en la juventud, haciendo alarde de su audacia, con navaja en mano y enredado en una quimera. El sitio es una taberna, lo que demuestra que estas casas, las de juego y disipación son las que suele frecuentar, porque en tocante á oficio ó otra ocupación honrosa, todavía no ha pensado



en dedicarse. Esta vez no sale tan bien como la pasada de su travesura, porque llega la autoridad y tiene que ir con las orejitas bajas á la cárcel.

¿Veis ahora, amigos míos, el interior de esa miserable casa donde se ve una pobre mujer tan abatida? pues es la habitación y la mujer del hombre malo. Porque él, sin oficio conocido, sin conocimiento de las cargas y obligaciones del matrimonio, no se detiene en casarse por capricho.

Vedle como maltrata á esa infeliz mujer de la que ía está fastidiado, y como revela el desaliño de la habitación que ha vendido hasta los muebles más precisos para sostener sus vicios.

—I Pobrecita! que lástima me da la pobre mujer decía Rita.

—Deja, deja, que él llevará su merecido, contestaba Victoria para consolarla.

—Os le voy á presentar, continuó José, en el desempeño de una de sus fechorías. Está violentando la cerradura de esa gaveta, en una lujosa habitación, donde se ha introducido para robar. Es de noche y una ventana abierta es por donde ha subido y piensa también escapar á repartir su rapiña con los cómplices que abajo le esperan. Un puñal que lleva en la cintura, declara que será un asesino en el momento que halle alguna resistencia. Mudó José otro cristal y exclamó:

—El presagio de Victoria se ha cumplido. Ya le tenéis en un lóbrego calabozo y aherrojado con fuerte cadena.



No tiene más que cuarenta años y sin embargo parece un viejo decrepito. ¡Tanto es lo que acaban diez años de crímenes continuados! Ellos le han conducido á ese calabozo donde sentenciado á la pena capital, espera de un momento á otro el sufrirla.

A vosotros que habéis asistido á la muerte tranquila del hombre virtuoso, no os haré yo presenciar el suplicio de este criminal. Figuraos cual debe de ser, y ojalá no sea de aquellos, que ni aun en este funesto lance, dan muestras de un tardío arrepentimiento. Así concluyó la segunda parte del espectáculo, laque conforme José había pronosticado, dejó más fuertes y tristes impresiones en el ánimo de los espectadores.

LAS ESTAMPAS

Ya á última hora do una de las noches de tertulia, después que todos los niños se habían cansado de bailar, particularmente Victoria y Rita, que habían tenido que ser las alternativas parejas de todos los muchachos, se sintió la necesidad de descanso y de pasar lo que faltaba de noche en otra ocupación más sosegada. Para estos casos tenía

José abundantes recursos, así es que haciendo sentar á toda la reunión alrededor de una mesa, la convidó á mirar las estampas de un libro que él traía. Era aquel un libro que parecía hecho á propósito para los niños, porque todas las estampas que le componían representaban asuntos de, a primera edad y escenas de la vida pueril. Por lo tanto fue recibida con aplauso la proposición de José y todos los niños, agrupados alrededor del



libro, comenzaron á examinar sus estampas en el orden siguiente: La primera representaba el interior de una escuela, donde entre varios niños que estaban muy atentos mirando su libro, para estudiar la lección, se notaba uno mirando á todas partes, con él libro cerrado y en actitud de jugar y de inquietar á los demás.

Desde luego llamóla atención de los niños la desaplicación de aquel muchacho, lo cual visto por José, volvió al instante la hoja diciendo:

—Mirad ahora si le conocéis. Porque es de saber, que aquel libro tenía las estampas correlativas, de tal manera que la siguiente completaba la significación de la que precedía, formando con ella contraposición y siendo por decirlo así, el reverso de la medalla. Por lo mismo la estampa de la vuelta representaba:

La misma escuela; pero de pié derecho en medio de ella el mismo muchacho holgazán que habían visto á la vuelta. Tenía puesta una coraza con grandes orejas de burro, y de vergüenza se tapaba la cara con las manos. El maestro con semblante severo se le mostraba á los demás niños que se burlaban del pobre avergozado. Pasaron á otra estampa que representaba: Un gabinetito donde una solícita mamá, provista de palangana y toballa, iba á lavar á un niño que delicado y perezoso, manifestaba su repugnancia á que le aseasen, y con mucho miedo á el agua fresca se estaba encogido en un rincón del gabinete.



— ¿Vuélvela hoja? preguntó José.

—Sí, sí, contestaron los niños y volviéndola vieron: Que un señor, al parecer el padre del chiquillo, teniéndole asido de pies y manos le zambullía en un barreño de agua fría, sin cuidarse de sus gritos, ni de las instancias de la buena mamá.

La tercera estampa que examinaron representaba el interior de un colegio con vistas á un patio, donde entre varios alumnos que estaban jugando, había uno que sin distinguirse de los demás por las prendas físicas ó por la edad, se distinguía mucho por su aire desdeñoso, por la superioridad con que dictaba la ley á sus compañeros, amenazando con el puño cerrado al que no se conformase con los juegos que él proponía.

Esto era de un lado; pero del otro, los colegiales cansados de sufrir se habían precipitado sobre aquel déspota y echándole la zancadilla, le habían derribado en el suelo, donde le sacudían una zurra de cachetes que no le dejaba respirar.

Los que no contribuían á la cachetina la miraban con semblante irónico, manifestando cuan merecida la tenía.

— ¡Gáspita qué zurra! exclamó Juanito.—¡Pero bien merecida! fue lo único que contestó José y pasó á otra estampa. Se veía en ella un

muchacho maligno que tenia uncido á un pesado carretón un elegante perro de aguas. El animal agobiado de tanto peso se dejaba caer rendido; pero el muchacho con una mano le amenazaba con el látigo y con la otra le tiraba de las orejas y de



las lanas, mientras que el pobre perro le pairaba como implorando compasión.

Tanta crueldad excitó la indignación de todos los niños que pidieron se volviese al instante la hoja, figurándose que vendría en ella el castigo de aquella conducta, y así fue en efecto. Un hombre, que tal vez sería el dueño del perro, tenía atado al chiquillo al mismo carretón, le hacía tirar de él á latigazos y aun le arrancaba algunos pelos de la cabeza por vía de represalias.

La quinta estampa representaba una buena abuela haciendo calceta, sentada en una silla y con sus anteojos sobre la nariz, mientras que un diablejo de chiquillo, trepando por el respaldo de la silla, la estaba colocando sobre el moño un penacho ridículo de plumas viejas y raídas.

No faltó entre nuestros niños quien se sonriese al ver aquella caricatura; pero no le dio gana de reír cuando vuelta la hoja, vio que la chanza resultó algo pesada.

La abuela se había levantado inadvertidamente y el peso del chico encaramado en el respaldo se había llevado consigo la silla, que dando una vuelta le había dejado caer de espaldas. Se había abierto en la cabeza una buena brecha y era cosa de llamar al cirujano.

EL SUSTO

Aun no se había decidido qué clase de distracción ocuparía á la tertulia en una de sus noches, y los niños agrupados discutían el juego que habian de elegir, cuando oyeron repentinamente



gritos y penetrantes chillidos. Conocieron al instante la voz de Juanito y advirtiéndolo al mismo tiempo que faltaba de en medio de ellos, no dudaron de que era el autor de aquella algazara. Los gritos salían de una pieza contigua, que comunicaba por un pasillo con la que ellos tenían para sus juegos, y como estaban á oscuras pieza y pasillo, las niñas no se atrevieron á ir allá, y aun los niños permanecieron un momento indecisos. José fué quien tomó una luz, y diciendo: ¡Es Juanito!... seguidme, se encaminó al sitio de la bulla, á donde todos le siguieron, primero los niños y luego las niñas.

Hallábase Juanito, pálido, lloroso y acurrucado en un rincón, del que no se atrevía á salir.

—¿Qué es eso?... ¿qué tienes?... ¿qué te ha sucedido" A el tropel de preguntas con que le abrumaban, solo contestó muy azorado:

Juanito. No sé. Tengo mucho miedo.

Rafael. ¿í á quién?

Rita. ¿No estamos aqui todos?

Juanita. Ya; pero si vosotros supierais.

José. Acaba de una vez. ¿Qué te han hecho?

Juanito. Nada: pero habia aqui un duende.

José. ¡Cómo! ¡Un duende!



Juanito. Con los ojos ardiendo como pajuelas,

Pablo. ¿Será posible?

José. Vaya una bebería, ¿y por eso nos asustas?

Rita. ¡Miren vds. el niño, que tiene miedo á el coco!

Juanito. ¡Si, si, como vosotros no le habéis visto! Y sino allí está aquella silla tendida en el suelo, que él la dejó caer, saltando en ella desde esa mesa, y luego escapando yo no sé por donde, bramando como un toro.

Victoria. Apostaría yo que el duende que ha visto este señorito ha sido mi gatita Linda, que salió corriendo de este cuarto, apenas empezaron los gritos.

José. Y no ha sido otra cosa. Y las pajuelas que han alumbrado á éste son los ojos de los gatos que brillan en la oscuridad.

Pablo. ¡Para que vean vds. lo que es el miedo!

Rafael. Vamos, cobarde, vente á jugar y déjate de sustos. Como padre lo supiera, bien se reiría de tí.

Entre las chanzas de los unos y las burlas de los otros, se llevaron á Juanito á la pieza de recreación, donde todavía no daba muestras de estar m u y tranquilo, ni los otros podían olvidar el suceso reciente. José viendo cuan dispuestos estaban á escucharle, procuró sacar partido de la ocurrencia, diciéndoles:

—Vergüenza dá que haya niños que tengan miedo á los



duendes, que no se atrevan á ir solos de noche, y menos á estar en un cuarto oscuro, todo á pretesto del falso temor que los han infundido con cuentos estravagantes ó que solo existe en su imaginación acalorada por el miedo de estas pretendidas apariciones. Un pusilánime será toda su vida, el niño víctima de esta preocupación, al paso que el que se haga superior á ella, será luego hombre de espíritu y corazón, como lo fué Felipe Augusto que con tanta gloria ocupó el trono de Francia.

A la edad de catorce años se perdió un día en la selva de Compiègne, sin que pudiese volver á encontrar su camino. Sobrevino la noche y el príncipe, errante á la aventura en medio de los bosques, se vela precisado á pasar la noche debajo de un árbol ó andar de aqui para allá hasta que fuese de día; mas como hacía mucho frió y la noche estaba oscura, se decidió á seguir caminando por ver si encontraba alguna salida. Hacia las cuatro de la mañana, vio á lo lejos una negra y horrible figura, llevando un brasero en el que soplaba con gestos espantosos para atizar la llama.

Otro niño cobarde hubiera temblado de pies á cabeza á este aspecto; pero el príncipe, sabiendo que con la ayuda de Dios nada había que temer, avanzó intrépidamente hacia aquella visión. Era un carbonero que iba á empezar su trabajo... El príncipe se dio á conocer y se sirvió de él para que le guiase hasta el castillo. Si hubiera sido tan necio, concluyó José, que se hubiera acobardado, toda la noche la habría pasado en el bosque y aun más tiempo tal vez.



4. BIBLIOGRAFÍA

- <http://es.wikipedia.org/wiki/1862>
- http://bibliotecadigitalhispanica.bne.es/view/action/nmets.do?DOCCHOICE=1628408.xml&dvs=1304545337815~374&locale=es&search_terms=&adjacency=&VIEWER_URL=/view/action/nmets.do?&DELIVERY_RULE_ID=4&usePid1=true&usePid2=true
- <http://biblioteca.universia.net/autor/Fernández%20Villabrilie,%20Francisco..html>

5. ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

1. Figura 1: Imagen del Libro

http://bibliotecadigitalhispanica.bne.es/view/action/nmets.do?DOCCHOICE=1628408.xml&dvs=1305191158957~534&locale=es&search_terms=&adjacency=&VIEWER_URL=/view/action/nmets.do?&DELIVERY_RULE_ID=4&usePid1=true&usePid2=true

2. Figura 2: Imagen del libro

http://bibliotecadigitalhispanica.bne.es/view/action/nmets.do?DOCCHOICE=1628408.xml&dvs=1305191158957~534&locale=es&search_terms=&adjacency=&VIEWER_URL=/view/action/nmets.do?&DELIVERY_RULE_ID=4&usePid1=true&usePid2=true

3. Figura 3: Imagen del libro

http://bibliotecadigitalhispanica.bne.es/view/action/nmets.do?DOCCHOICE=1628408.xml&dvs=1305191158957~534&locale=es&search_terms=&adjacency=&VIEWER_URL=/view/action/nmets.do?&DELIVERY_RULE_ID=4&usePid1=true&usePid2=true

4. Figura 4: Imagen del libro

http://bibliotecadigitalhispanica.bne.es/view/action/nmets.do?DOCCHOICE=1628408.xml&dvs=1305191158957~534&locale=es&search_terms=&adjacency=&VIEWER_URL=/view/action/nmets.do?&DELIVERY_RULE_ID=4&usePid1=true&usePid2=true



5. Figura 5: Imagen del libro

http://bibliotecadigitalhispanica.bne.es/view/action/nmets.do?DOCCHOICE=1628408.xml&dvs=1305191158957~534&locale=es&search_terms=&adjacency=&VIEWER_URL=/view/action/nmets.do?&DELIVERY_RULE_ID=4&usePid1=true&usePid2=true

MUSEO DEL JUEGO

